



“XIV. Museos y bienes culturales intangibles”

p. 259-270

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla

Tomo III. Herencia cultural de México

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2006

288 p.

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 970-32-2627-2 (volumen III, pasta dura)

ISBN 970-32-2626-4 (volumen III, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/466.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XIV. MUSEOS Y BIENES CULTURALES INTANGIBLES*

Cuando se piensa en un museo, de inmediato viene a la mente la pregunta ¿qué es lo que en él se exhibe? Obviamente, si se trata de un museo arqueológico, se mostrarán en él objetos tales como esculturas, piezas de cerámica, o de distintos metales, así como toda suerte de vestigios culturales descubiertos en excavaciones.

Si el museo es de arte, se pensará en creaciones como pinturas de determinadas épocas, trabajos escultóricos de reconocidos maestros y en una amplia gama de producciones, unas suntuosas y otras, por distintas razones, particularmente atractivas. En fin, puede haber museos de la historia de un país, o de un determinado periodo de ella; o museos de la ciencia, la tecnología, la historia natural, la geología la cartografía y de otros campos del saber.

Quien responda a la pregunta sobre qué es lo que se puede exhibir en un museo, muy probablemente no pensará que también hay bienes culturales intangibles que asimismo podrían presentarse en él. La razón es obvia. Suena contradictorio pensar que algo intangible pueda ser exhibido.

Sin embargo, me atrevo a sostener que, aunque suene contradictorio, sí es posible concebir que haya bienes culturales intangibles en un museo. En apoyo de esta afirmación creo que debo enunciar qué género de bienes culturales intangibles puedan exhibirse en un museo y cómo puede lograrse esto.

Comenzaré enumerando algunos bienes culturales intangibles en los que cabe pensar como huéspedes de un museo. Bienes culturales intangibles son las lenguas habladas en determinados lugares y tiempos, con todo lo que ellas implican. Entre otras cosas, sus vocablos constituyen verdaderos inventarios del ser cultural de quienes las hablan. Así, por ejemplo, los idiomas mesoamericanos poseen un léxico rico en términos que designan una enorme variedad de plantas, tanto alimen-

* *Memorias. Patrimonio intangible. Resonancia de nuestras tradiciones*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2004, p. 27-32.



ticias, como medicinales o de uso ritual. Tales léxicos incluyen también voces que denotan creencias, prácticas religiosas, fiestas, unidades en la organización social como el *calpulli*, medidas del tiempo y otros vocablos que significan conceptos y realidades que pertenecen al contexto natural y al bagaje cultural de quienes hablan esas lenguas. Carecen ellas, en cambio, de palabras que connoten objetos resultado de modernos desarrollos tecnológicos que fueron del todo desconocidos para sus hablantes. Es en este sentido que puede afirmarse que el léxico de una lengua constituye el inventario del ser cultural de un pueblo.

Las lenguas son preciados bienes intangibles que hacen posible la comunicación a través de sus fonemas, estructuras morfológicas, sintácticas y semánticas que, a cada una, confieren su carácter propio e inconfundible. Reiteraré aquí que ellas, las lenguas, son bienes culturales intangibles que pueden ser, según veremos, huéspedes de un museo.

Otros bienes, igualmente calificables de intangibles, de enorme valor y significación, son las creaciones literarias: cantos, poesía, narrativa, relatos históricos, recordaciones míticas, legendarias e históricas. Su presencia en un museo, solas o al lado de objetos tangibles, puede despertar interés incalculable, haciendo posible su disfrute de variadas formas.

Bienes culturales intangibles son también los referentes a la visión del mundo, pensamiento filosófico y conocimientos científicos de un pueblo, incluso de aquellos considerados ágrafos, poco desarrollados y hasta, con anacrónica designación, “primitivos”. La cuestión de cómo pueden presentarse en un museo estos géneros de bienes culturales requiere, como vamos a verlo enseguida, atención especial.

Para no alargar la lista de estos bienes culturales intangibles, mencionaré ya sólo éstos: las producciones musicales; todo cuanto se refiere a la medicina tradicional, incluyendo la herbolaria; el registro de usos y costumbres, normas morales y éticas; también la gastronomía popular a través de sus recetarios. Y, como una especie de puente entre lo tangible y lo que no lo es, por obra de la moderna tecnología, la representación virtual de un sinnúmero de realidades, de grande interés para quien quiera asomarse y aun penetrar en ellas. Contemplar, por ejemplo, en un recorrido virtual, el interior de un antiguo templo o palacio, o un órgano y un tejido del cuerpo humano, en fin, todo aquello a lo que la imaginación pueda conferir una existencia virtual. Esto y mucho más pertenece a la categoría de la creación cultural intangible muy rica en significación.

1. LAS LENGUAS VERNÁCULAS

En países como México, Perú, Brasil, la India y otros más, donde las lenguas de los pueblos originarios son muy numerosas y pertenecientes a varios troncos y familias, el interés por acercarse a ellas se deriva de diversos motivos. Uno es su relación con las diferentes etapas o periodos dentro del desarrollo histórico de las distintas culturas a lo largo de los siglos. Dicha relación puede establecerse en función del método de fechamiento aportado por la glotocronología. Ésta, partiendo de un vocabulario básico y diagnóstico, puede determinar los siglos de separación de un idioma a partir de un tronco original y común a otras lenguas. Aplicar dicho método léxico-estadístico, ayudará a mostrar cuál o cuáles fueron las lenguas que se hablaron en diversos tiempos en determinados lugares; si sus poblaciones fueron multilingües y si tenían o no parentesco lingüístico con los habitantes de otros núcleos. Asociar esto a los hallazgos arqueológicos puede ser muy revelador. Entre otras cosas, ayudará a conocer qué lengua o lenguas se hablaban en ciertos lugares y en qué horizontes culturales. Semejantes asociaciones lingüístico-arqueológicas pueden lograrse en los museos.

Valiéndose de grabaciones, asociadas también a objetos arqueológicos, se podrá acercar a los visitantes de un determinado museo a la peculiaridad del habla de quienes fueron los creadores de esas manifestaciones artísticas, religiosas, técnicas o de otras índoles. Se pretenderá transmitir así la percepción de lo que ha sido su forma principal de comunicación a través del habla.

Podrán captarse las diferencias enormes que existen, por ejemplo en el caso de México, entre la emisión fonética tonal propia de la lengua chinanteca, tan distinta de los sonidos característicos de las explosivas en el maya, lo que incluso se refleja en el castellano hablado por los pobladores de Yucatán. Y, en contraste con la fonética de estas dos lenguas, podrá percibirse la suavidad del náhuatl, lengua cuyo nombre significa “la que resuena con claridad”.

Desde otro punto de vista, por medio de índices léxicos se identificará, como ya vimos, lo que ha sido el inventario cultural de quienes han poseído una lengua, en campos semánticos como los referentes a la agricultura y la alimentación; la organización familiar, social, económica, religiosa y política; la tecnología, los registros calendáricos y astronómicos; en fin, lo más importante en su todo social y cultural.



Valiéndose de grabaciones y registros visuales podrán mostrarse igualmente las principales características fonológicas, morfológicas, sintácticas y semánticas de la lengua en cuestión. Propósito de esto será hacer ver los rasgos propios de la referida lengua; develar aquello que le confiere su peculiaridad lingüística y que puede ser factor determinante en las formas de concebir el mundo y establecer las relaciones sociales y con el medio ambiente. Será muy interesante percatarse de las maneras muy distintas entre sí como se conciben y expresan ideas afines pero no idénticas en las diferentes lenguas. Daré un ejemplo. Fijémonos en el concepto de lo que llamamos “cultura”. En las lenguas romances y, por influencia del latín, también en otras como el alemán y el inglés, el vocablo cultura, connota originalmente la idea de cultivo, es decir, el proceso que permite que determinadas plantas crezcan y den fruto. Un caso digno de particular atención es el del maíz, el cual no puede fructificar sin la intervención del hombre. De ese significado original de la palabra cultura, por evolución semántica, ésta ha venido a connotar todo aquello que es resultado de la creatividad y modo de ser de un pueblo. Se habla así de cultura egipcia, griega, romana, española y mexicana.

Algunos se preguntan si hay en náhuatl alguna palabra cuyas connotaciones guarden semejanza con las del vocablo latino “cultura”. La respuesta es que existen dos términos de diversas maneras afines. Uno es *toltecáyotl*, el conjunto de las creaciones toltecas inspiradas por Quetzalcóatl. Así, por ejemplo, los mexicas, para describir al orador, lo llamaban a veces *ten-toltécatl*, “tolteca del labio”, y al hablar del *tlahcuilo* o pintor, decían de él que era un *ma-toltécatl*, “tolteca de la mano”. La otra palabra en náhuatl, más genérica, pero también afín a las connotaciones del término “cultura” es *yuhcatiliztli*, “acción de ser así”, es decir, la enunciación de aquello que corresponde a un pueblo en virtud de su forma de comportarse, sus costumbres y todo cuanto puede resultar o ha resultado de su creatividad. Esta palabra, *yuhcatiliztli*, la hallamos en varios textos al describir las características de un pueblo. En el *Códice Matritense* aparece al hablar acerca de cómo eran los otomíes y otros. Atendamos a este ejemplo: *Zan huel ixquich in nican unmihtoia in in-yuhcatiliz*, “Esto es lo que aquí se dice sobre ‘su acción de ser así’”, “su forma de vida”.

Como puede verse con este ejemplo —y podría aducir otros muchos, casi innumerables, al comparar los léxicos y modos de expresión de estas lenguas, el español y el náhuatl, y de otras como el maya, el inglés, el alemán, el griego, el hebreo o el japonés—, un concepto, si bien no idéntico sino con rasgos afines, puede ser expresado de mu-



chos modos diferentes. Valorar esto lleva a tomar en cuenta un aspecto clave en el ser intangible de las lenguas. En todas es posible expresar ideas afines, pero con matices y relaciones distintas. Tal realidad es riqueza de valor incalculable. El universo de la comprensión y la comunicación se contemplará así en la pluralidad ilimitada de sus variados horizontes.

El tema de “lengua y cultura” podrá ser abordado desde diversos ángulos. A través de este bien cultural intangible, se podrá entender y valorar, en consecuencia, cuán trágica es la muerte de una lengua.

2. LAS CREACIONES LITERARIAS

En todas las culturas ha habido creaciones de varios géneros que pueden calificarse de literarias, aun cuando no hayan sido registradas originalmente con letras. Son ésas las composiciones que se han preservado y comunicado por la oralidad, es decir, la tradición oral. En ocasiones esas creaciones han quedado registradas en el soporte de la escritura. Como lo expresó Ángel María Garibay K., quedaron entonces cautivas “en la luminosa prisión del alfabeto”. Otras composiciones en tiempos recientes han quedado atrapadas, por así decirlo, en las cintas magnetofónicas y también por otros medios electrónicos. La literatura así conservada y transmitida, a pesar de que ha quedado aislada de lo que fue el entorno en que originalmente se produjo y transmitió, es uno de los testimonios más valiosos de la cultura espiritual de un pueblo.

Los museos pueden y deben dar entrada a las creaciones literarias, bien sea a las de la tradición popular, como a las debidas a autores determinados, de las elites, producidas en determinados tiempos y circunstancias. Pensemos, por ejemplo, cómo un antiguo poema griego o en sánscrito puede iluminar la significación de bienes culturales visibles y tangibles. Consta que la *Iliada* y la *Odisea* de los griegos tuvieron por siglos como soporte la memoria y la voz de los rapsodas helénicos. Y asimismo se sabe que los *Vedas* y los *Upanishadas* del Indostán se transmitieron y conservaron mucho tiempo gracias a su recitación. Entre los griegos, las más tempranas transcripciones alfabéticas de los poemas homéricos datan de unos seis siglos antes de la era cristiana. Desde antes, en el caso de los textos griegos y los sánscritos, algunas escenas de episodios evocados en ellos tuvieron como soportes imágenes pintadas en vasos de cerámica y en esculturas de piedra. Hoy es posible acudir al bien intangible de las antiguas composicio-



nes y acercarlo a tales representaciones, buscando antiguas y nuevas formas de diálogo entre dos formas distintas de expresión en última instancia coincidentes.

Y algo semejante puede decirse de poemas y relatos originalmente en náhuatl, maya, mixteco o zapoteco. Pueden ellos iluminar también la significación de un bien cultural visible y tangible. Ejemplos de esto pueden ser los himnos al dios nahua Xochipilli, patrono de la música y el baile, o a Tláloc, dios de la lluvia, en conjunción con las efigies escultóricas de dichas deidades. Recordemos el relato épico del nacimiento de Huitzilopochtli y su enfrentamiento con la diosa Coyolxauhqui. Acercar ese relato en náhuatl, acompañado de su traducción, a las efigies y al bajorrelieve de esa diosa, revelará su significado último, más que ningunos otros comentarios o indicaciones.

Hay en el Museo Nacional de Antropología varios antiguos textos inscritos en sus muros. Perdóneseme la vanidad de recordar que algunos han sido traducciones mías. Otros muchos testimonios nahuas y de diversas culturas y lenguas pueden iluminar la significación de creaciones arqueológicas que, de otra suerte, resultan enigmáticas para quienes las contemplan.

Las creaciones literarias poseen, por sí mismas, elevado valor e interés. Podrían concebirse, por ejemplo, salas dedicadas a este género de bienes culturales intangibles. En esas salas se ofrecería la audición de composiciones en su lengua original, acompañadas de traducción y de imágenes de códices proyectados simultáneamente. Semejante escenificación constituiría una forma de compenetración con algo de lo más significativo en la cultura de la que esos testimonios provienen. En el caso de testimonios originados en contextos culturales temporalmente cercanos, la presentación podrá estar acompañada de la música producida en ellos, que es otro valioso bien cultural intangible. Las posibilidades que ofrecen las composiciones literarias como bienes culturales intangibles son en verdad incalculables.

3. TESTIMONIOS ACERCA DE LA VISIÓN DEL MUNDO

Dentro del gran conjunto de las que pueden calificarse como producciones literarias están las que permiten acercarse a las formas en que un pueblo concibió al universo que lo rodea y la manera en que dialogó ritualmente con él. En cierto sentido puede afirmarse que todo lo que se exhibe en museos como el Nacional de Antropología en México guarda relación con la visión del mundo de los correspondientes



pueblos originarios. Sólo que, en muchos casos, esa relación se presenta tan sólo implícita. Para explicitarla hay que acudir a los testimonios de la palabra, antiguos o contemporáneos, que pueden revelar los significados y mensajes ocultos. La visión del mundo abarca la concepción de los orígenes primordiales de los astros y la tierra, la creación consumada por la divinidad, de plantas, animales y seres humanos. También incluye la plenitud de los símbolos cósmicos, los rumbos del mundo con sus árboles, colores y aves cósmicas, el escenario de la vida donde prosperan el bien y el mal. No son ajenos a la visión del mundo los mitos, las creencias religiosas y los saberes que organizan la vida de hombres y mujeres, como los relativos a los cómputos del tiempo, el aprendizaje de las artes y las ciencias, la persuasión acerca de los destinos inexorables y, desde luego, cuanto se refiere al más allá con sus misterios, temores y esperanzas. Todo esto es intangible pero no por ello imperceptible en el soporte de las neuronas y las palabras de viva voz de los seres humanos.

Relacionar elementos de la visión del mundo de un pueblo con sus obras materiales y tangibles será de enorme interés. Un ejemplo de esto puede ser presentar, en conjunción con monumentos arqueológicos, como la llamada Piedra del Sol, la Coatlicue, los murales de Bonampak o las pinturas de tumbas de Monte Albán, la enunciación de textos que develen sus significaciones en términos de la correspondiente visión del mundo. Escuchar los relatos acerca de las sucesivas destrucciones y restablecimientos del Sol en las varias edades cósmicas hará percibir la honda significación de la gran Piedra del Sol. Escuchar el mito del nacimiento de Huitzilopochtli y su enfrentamiento con Coyolxauhqui ha llevado a comprender algo de lo que fue para los mexicas el significado del Templo Mayor de Tenochtitlan.

En el caso de las exhibiciones etnográficas, la convergencia de los testimonios musicales y textuales será también reveladora. La palabra primordial, portadora de cuanto da sentido a las formas como ha concebido un pueblo su universo, su propio ser y sus relaciones con otras gentes, con la naturaleza y los seres divinos, ha existido y evolucionado de incontables maneras. Ello ha ocurrido en el tiempo y en el espacio. Pensemos en relatos míticos como los que hablan del origen del maíz en Mesoamérica. El *Popol Vuh* refiere, entre otras cosas, cómo nació y cómo con él Nuestra Madre y Nuestro Padre lograron al fin formar a los hombres que fueron capaces de hablar y pensar.

Recordemos cómo ocurrió la recuperación del maíz en el Monte de Nuestro Sustento, cuando la hormiga negra guió hacia él a Quetzalcóatl transformado en hormiga roja. Y oigamos los relatos de



labios de tzeltales contemporáneos nuestros en Chiapas o de pipiles en Izalco, en El Salvador, que mantienen vivo el mismo relato.

El maíz es realidad sagrada. Así lo han pensado los campesinos mesoamericanos en la antigüedad y así lo siguen pensando los de hoy. Con mis ojos contemplé el gran disgusto que experimentó un campesino morelense cuando se percató de que alguien había entrado en su milpa y había deshojado mazorcas para ver si alguna tenía ya maduro al maíz. La mazorcas tiradas en el suelo fueron para él algo así como una dolorosa profanación.

La palabra primordial, comunicada por la tradición, quedó luego en Mesoamérica transvasada en la imagen y pintura en los códices y murales, y al fin pasó al texto con escritura alfabética en náhuatl, maya y otras lenguas. Es ella un ejemplo del ir y venir en el tiempo y en el espacio de la realidad originaria e intangible de expresiones que pertenecen a la visión del mundo en el que los humanos han construido su hogar cósmico. Con el acercamiento a bienes culturales intangibles como éstos se buscará, hasta donde es posible, hacer realidad la recreación vivencial, en la que lo visible y palpable son percibidos más plenamente, en su conjunción con lo espiritual.

4. OTROS BIENES CULTURALES INTANGIBLES

Ya he mencionado su existencia. De la música he hecho alguna particular mención. Es ella un lenguaje maravilloso, impalpable e invisible, pero que puede inundar el alma de melodías que despiertan toda una gama de sentimientos.

Me fijaré ahora en las otras formas de saber que he enumerado: la medicina tradicional, los usos y costumbres, las normas morales y éticas, la gastronomía popular, sin pretender en modo alguno ser exhaustivo.

De la medicina popular diré que conlleva un conjunto de conocimientos que pueden ser elocuentes a la luz de las ciencias contemporáneas en relación con la salud física y psicológica. La herbolaria, tanto la actual como la registrada en tiempos antiguos, puede traducirse en copiosos recetarios, manantial para posibles investigaciones. Cabe así concebir en los museos salas de medicina popular en las que el saber intangible se conjuga con la presentación de los elementos medicinales, minerales, vegetales y de productos animales de determinadas regiones. Pueden también ofrecerse grabaciones de ceremonias de curación y limpias, o de entonación de cantos y aun conjuros, en circuns-

tancias como las que presidía la célebre mazateca María Sabina al consumir los hongos alucinógenos.

Muy amplios son los campos referentes a usos y costumbres y también a normas morales y éticas. Escuchar expresiones como las de los *huehuehlahtolli*, testimonios de la antigua palabra, incluyendo los que hasta hoy perduran en no pocas comunidades indígenas, propiciará la comprensión de los que han sido y son aspectos del *ethos* o conjunto de formas y actitudes prevalentes en la vida de un pueblo. Este bien intangible será revelador de rasgos que existen en el carácter y comportamiento de quienes mantienen vivas esas expresiones en los ámbitos familiares y de su propia sociedad. Cabe escuchar hoy en día, de labios de ancianos y ancianas nahuas, purépechas, mixtecos y otros de la moderna Mesoamérica, los consejos a los hijos en circunstancias tan variadas como son su matrimonio, ante el lecho de un enfermo o frente a los restos de quien ha fallecido.

El inventario gastronómico popular, además de que puede despertar el apetito, será llamada de atención a la riqueza y variedad de los insumos alimenticios y a las formas de su preparación. Aunar imágenes con recetarios, relatos y mitos acerca del origen de plantas como las del maíz, los bledos, la calabaza, la chía y otras muchas, abrirá las puertas a una más humana apreciación de cuanto es nuestro sustento. Puede comprender éste una variedad insospechada de ingredientes y prácticas culinarias, como en el caso del recetario mesoamericano que es herencia que continúa enriqueciéndose. El bien intangible de la gastronomía se transformará en succulento platillo que se sitúa ya en el orden de lo que se palpa y se degusta. Los museos suelen tener adjuntos cafeterías y aun restaurantes. En ellos hace falta presentar un inventario de las recetas y el arte culinario de las regiones y los tiempos propios de las culturas con presencia en los mismos.

5. LAS REPRESENTACIONES VIRTUALES

La moderna tecnología de las representaciones virtuales viene a ser una especie de puente que comunica lo intangible con lo que puede palpase y sentirse como realidad presente. Para los museos, disponer de este recurso será de incalculable ayuda. Cual puerta que conduce a muchas realidades de las que sólo se habla o se escribe, esta tecnología será complemento en la presentación de un sinnúmero de objetos. Imaginemos tan sólo lo que puede derivarse de ella en un acercamiento al interior de la gran pirámide de Cholula o al invitar a un



recorrido a través de las varias etapas constructivas del Templo Mayor de Tenochtitlan, asomándose también al contenido de sus muchas ofrendas de distintas procedencias. Y, en el contexto de la etnografía, pensemos en la posibilidad de adentrarnos en los talleres de artesanos, alfareros, pintores en papel de amate, tejedores y otros en el ámbito del mundo indígena de México. Y para ir más allá de los ejemplos referentes a las culturas indígenas, pensemos en visitar algunas ciudades coloniales de Iberoamérica con base en pinturas y relatos, incluyendo las imágenes de varias de ellas en algunos antiguos biombos. Y si queremos ir más lejos, concibamos en Nuestro Museo de la Cultura entradas virtuales a través de portales a otros museos de Italia, Grecia, España o Francia para contemplar algo de su incalculable riqueza cultural.

6. A MODO DE CONCLUSIÓN

Lo que he presentado acerca de los bienes culturales intangibles es tan sólo un atisbo a un tal vez inabarcable universo de realidades y posibilidades. Al acercarnos a los bienes culturales intangibles alcanzaremos percepción y disfrutes más plenos de todo cuanto puede ofrecernos la creación cultural, antigua y contemporánea. Empleando la terminología tradicional, si los humanos somos materia y espíritu, parece obvio que busquemos acercarnos a las creaciones humanas abriéndonos a ellas cabalmente a través de todos los recursos al alcance.

Más que deseable es que los museos y las ciencias museológicas se abran para dar entrada a nuevas formas de presentación y captación de cuanto exhiben. Lo intangible es tan real como lo que es material y puede palpase. Un canto debido al sabio señor Nezahualcóyotl aduciré aquí como primordial enunciación de esto que estamos inquiriendo. Así se expresó él:

*Axcan noyol quimati,
nicacqui in cuicatl,
niquita in xochitl,
¡maca cuetlahuia!*

Ahora lo sabe mi corazón:
escucho un canto,
contemplo una flor.
¡Ojalá que no se marchiten!



El canto, que es realidad intangible, puede alegrar tanto al corazón como las flores que se contemplan y se palpan. Destino de hombres y mujeres será gozar con la melodía de los cantos y disfrutar de la belleza y el aroma de las flores. Por ser realidades intangibles los cantos y palpables las flores, diremos que flor y canto se antojan ser un símbolo de lo que aquí estamos hablando.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS